

vió nacer y palidecer en las fieras profundidades
fuegos que no son otra cosa que viejos astros calvos;
la hora trae y se lleva los días, los meses, los años, y
la memoria aborta al contar aquellos pasajeros y la
sombra espantable en sus ciegas ondas arrolla millo-
nes de millones de mundos, y el surco engendra y la
fosa entierra, y todo se desarrolla y todo se desvane-
ce, y todo brilla y se extingue, mi brillo y el vuestro,
y los seres confusos caen uno después de otro... ¡Y
siempre, por siempre, sin cesar un momento de
llenar el día, la noche, el éter, el firmamento, sin
que jamás ruido alguno le interrumpa y se mezcle á
él, sale el nombre infinito de la boca eterna!

OTRA VOZ

¿Quieres saber este nombre?—Sabe, quien quiera
que seas, que [intentar] un viaje por esta obscuridad
es una elección terrible; el vértigo se apodera de los
negros nadadores tenaces que afrontan las amenazas
del negro cielo feroz; el inmóvil infinito hace un
enano del gigante. Antes de ir más lejos, mira tu pe-
queñez [¡nada!]

¡Porque cualquiera que sea tu carrera, no podrás
abordar lo desconocido, el origen, la fuente, el lugar
supremo donde todo se explica y se reúne; porque
no entrarás, porque no llegarás; porque nunca podrás
franquear el océano de obscuridad, de asfalto y de
azufre; porque no salvarás el precipicio! ¡Aun cuan-
do fueres una especie de espíritu de los montes y de
las selvas, un corazón que sintiera en él el ruido de la
naturaleza, un hombre atravesado por una enorme
lira! ¡Aun cuando fueras un alma de ojos ardientes,
cuyo fiero pensamiento hubiese tascado el freno y que
en la caverna donde sólo entra la muerte huye terri-
ble, aspirando todos los hálitos del antro! ¡Aun cuan-
do fueres uno de aquellos gallardos magos que á
veces vemos, pálidos pasajeros de los aires, arrollarse
en el precipicio donde, como ellos, te sumerges tú,
descoloridos, con los puños crispados en las riendas
de sus pensamientos, inclinándose, irguiéndose, sol-

tando y reteniendo no se sabe qué de obscuro, de ido, de tonante, mirando, dispersando sus pupilas lívidas como si en la sombra condujeran á grandes guías, á través del éter vago y el torbellino loco, en la bruma; al trazar, delante de ellos, no importa dónde, tal vez hacia la noche, tal vez hacia la cima, un carro que con ruidos de abismo arrastrasen grupas sombrías, huyendo, bajándose, elevándose, seiscientos caballos de rayo, de nubes y de viento!

OTRA VOZ

¿Te figuras tú, pues, por ventura, ser otra cosa que un punto dentro de la ciega naturaleza? ¿Tú, hombre, carne y ceniza, te persuades de que la penumbra te ha revestido de una función? ¿Y qué derecho te crees tener para indagar, para perseguir, para agarrar lo que puede existir, durar, vivir; para sorprender, para conocer, para saber, tú que no eres más que una larva, y que mueres en cuanto naces? ¡Yo admiro tu insignificancia [nada] inaudita si supone que es contada para algo por el infinito!

¿Qué idea tienes de tu cerebro, ¡oh soñador del sueño humanidad!, para creer en verdad que puede quitar ó dejar una huella en el abismo? Tu pensamiento es abyecto, estrecho, loco, ínfimo; el hombre es humo obscuro que desciende. ¿Te imaginas, pues, dejar rastro, oh transeunte? ¿Te representas [sueñas] lo absoluto como tu río Sena deslizándose entre los muelles de tu ciudad malsana, recogiendo los albañales de todas tus casas, doctrinas, voluntades, ilusiones, razones, teniendo en su corriente, si alguno te reclama, algún puente de Saint-Cloud desde donde se vuelve á sacar del agua el alma? ¿Crees tú que aquella agua vasta y sorda, [la] Inmensidad no te envuelve de olvido, de ceguera, de silencio y que solloza á tu caída y que está triste? ¿Crees tú que tu quimera

persiste en aquel precipicio? ¿Que conserva en él su forma, esperanza, sueño, acción, y que después de tu desaparición vuelve á encontrarse algo de ti, tu cadáver ó tu sombra, en las negras redes flotantes de la sombría eternidad?

OTRA VOZ

Remóntate á los primeros días de tu globo.

Ahí tienes una muralla; es prodigiosa; tiene diez mil pies de altura y diez leguas de ancho. Roca escarpada, aluvi6n, en las profundidades azules, aquel alto *boulevard* sube, altivo, frío, sorprendente, y cierra un continente desde un mar á otro. Vasta geometría, diríase que la escuadra hizo el mundo calcáreo, de hilada en hilada de sillares, y que al forjar el espacio, no se sabe qué martillos clavaron uno encima de otro sus planos horizontales. La escarpadura hecha á pico muestra en fajas estrechas, que se prolongan firmes, iguales, rectas, arrugas profundas, pliegues de aquella frente de la noche. Contra aquel muro va á chocar y flota y rueda y huye lo que cada estación arrastra en revoltijo. Aquel macizo colosal de albañilería terrible que construye y destruye el elemento, parece un inmenso cofre de piedra, encerrando los archivos de una áspera y sombría catástrofe, y todo un mundo muerto, plegado como una tela, con sus flores, sus campos, sus peñas escarpadas ó desnudas, y sus hormigueos de monstruos desconocidos.

Dentro de millares de años, estas piedras arruinadas, estos mórtillos derrumbados, serán los Pirineos.

Entre tanto, ve: ancho, agosto, dominando el aire, está nuevo aún, como si hubiera sido construido ayer; nada rompe su línea entera y regular; y su cumbre correcta parece una sola piedra plana como el techo de un palacio de Oriente; mañana y tarde, contrariándose, de esta muralla espantable y sombría, hacen tan pronto un banco de aurora como un banco de sombra.

Y ahora fijate bien: el aire se agita; llueve en lo alto del gigante muro.

La lluvia va errando y se marcha, empujada por el viento; pero encima de la cumbre ha quedado una gota de agua. Al día siguiente, la bruma, como húmeda y blanca cortina, vuelve. Llueve todavía. Otra gota de agua se agrega á la primera. Y, bajo aquel rocío, se esboza una cavidad y la piedra está ahuecada.

Desde entonces, el agua se obstina en aquel punto. Mira, llueve, y se oye como una voz triste; tal vez es un demonio que rechina debajo de la roca, sintiendo al agua más fuerte y á la piedra más delgada. Llueve, llueve, llueve. Enero, lívido y muerto, pasa con la sombra, va lloviendo; la gota cae, muerde y ahueca; llega abril trayendo la nube y llueve. La gota de agua continúa, feroz. Y la primera hilada está rota [atravesada] y ya ha alcanzado á la segunda que en vano protegió el granito; y la gota implacable, encarnizada, que lo mismo emplea el siglo que el año, vuelve y ahonda, y agujerea y mina [como duro punzón] y el interior del monte aparece formidable, zona por zona, y he aquí que allá arriba, el alba ilumina un recipiente circular, puesto que la gota es esférica.

En la desierta meseta se extiende y se ensancha un estanque que el cielo dora, azulea y enrojece.

La gota de agua vuelve, vuelve, vuelve siempre y cae tenaz, y desde la aurora se hace llevar por el viento que la sacó por la noche, y hace en la montaña su voluntad, va y viene sometiendo el mármol á sus leyes triunfantes, y pasa entre dos planos y se desliza por entre dos hendiduras, y demuele y esculpe [como] infatigable mano. Urna ayer, hoy depósito, lago mañana, la otra aumenta y se hunde, y el ojo que quiere seguirla cree ver un agujero hecho por un gusano en las páginas de un libro. Inclínase ante nosotros, como si soñáramos, taladrando aquel monstruoso hacinamiento de aluviones, yendo de una lámina atravesada á otra lámina, obedeciendo al peso que la reclama desde abajo, hidra, útil, berbiquí, azadón, trompa, chupador, empezando por la mañana, volviendo á empezar por la noche, bajando la escala del espesor de las capas, puliendo sus anchuras como murallas feroces, alargando lo alto, bajando el áspero fondo negro, agrandando y excavando sin cesar el embudo, maceando en todas partes, siempre, invierno, primavera, otoño, su obscuro martillito, espantoso, monótono, gastando el monte, cortando la peña, aserrando la greda, completando la mina y realizando su progreso, y aprovechándose de un hueco para ahuecar más, y de una arcilla á otra, y de piso en piso, de alto abajo, de bloque en bloque, de banco en banco, errando, rodando, rompiendo, zapando, cortando, encorvando, trabaja la gota de agua y tuerce, obrera terrible, los círculos profundos de la enorme quiebra.

El vasto monte, combatido por los silbantes aquilones, se estremece al ver vaciar por aquella ínfima barrena, en sus tenebrosos flancos, aquel pozo

prodigioso y al sentir como el átomo crea en él el abismo.

*

Dejemos pasar tiempo, abismo y noche por encima de lo que se edifica y de lo que se destruye.

Y ahora mira:

¡Un circo! ¡Un hipódromo! ¡Un teatro donde Stambul, Tiro, Memfis, Londres, Roma, podrían asentarse con sus millones de hombres, donde París flotaría como un enjambre al anochecer! ¡Gavarnie! —¡Un milagro! ¡Un sueño!

¡Arquitecturas sin constructores conocidos, sin nombres, sin firmas, que guardáis en la obscuridad vuestro secreto; arcas, templos que Aarón ó Moisés consagraban; oh campo circuído de Tarquino, donde hormigueaban trescientas mil cabezas donde el horrible Atlas vaciaba sus bestias [feroces], casbahs (1), atmeïdans (2), torres, kremlins (3), ranceyones, á

(1) Lo mismo que alcazaba. *Casbah* es la equivalencia de la pronunciación árabe.—(N. del T.).

(2) *At-Meïdan* es una célebre plaza de Constantinopla, cuyo nombre significa literalmente, en turco, la plaza de los caballos, hipódromo. El *At-Meïda* no es otra cosa que el antiguo circo fundado por Septimio Severo, y terminado por Constantino, tomando por modelo el de Roma. Hoy el *At-Meïdan* es una gran plaza de 250 por 150 pasos, situada al S. E. de Santa Sofía y uno de cuyos lados está ocupado por la mezquita de Amed.—(N. del T.).

(3) *Kremlin* ó *Kremi* es propiamente la antigua residencia de los Czares, que ocupa una eminencia á la orilla izquierda del Moskowa, río que atraviesa la ciudad de Moskow. Un incendio lo perjudicó mucho en 1812. Varios barrios de ciudad llevan este mismo nombre.

donde venimos nosotros, espectros, donde nosotros nos sentamos, panteones, partenones; catedrales hechas por pobres constructores [carpinteros] con almas de profetas; montes vaciados en forma de pagoda, donde vivían bronces de monstruosos techos, sombríos ciclos subterráneos, circos, estadios, Elis, Thebas, Arenas de Nimes, negros monumentos, gigantes testigos, grandes anónimos; nada sois, palacios, cúpulas, templos, tumbas, ante este inaudito coliseo del caos.

Ve; el hombre hace aquí el ruido de lo efímero. Es la aparición, el enigma, la quimera, tallada en lienzos cortados y tirada á cordel. El alba está en el frontis como una cinta sagrada, y esta enormidad piensa [sueña] augusta y tranquila. Trozo de Olimpo, resto extraño de una ciudad del infinito, al que desmembró un ser desconocido; patio de los leones de una vaga y siniestra Alhambra; prisión de Tántalo y de Titán, demencia del compás beodo y rey en la montaña inmensa, estupor del viajero que detiene su camino; exageración del monumento humano hasta la visión, hasta el apoteosis; mundo que no es el hombre y que ya no es la cosa; entrada inexplicable y sombría del granito en el metro donde la piedra acaba en prodigio; problema; precipicio; edificio; escultura del misterio; obra de arte de la naturaleza salvaje; construcción que niega y que ve la razón y que acaba más allá del horizonte terrestre en el muro de la noche el fresco [pintura] del abismo. Es Vignole en la base y el rayo en la cumbre; es el espectro de cuanto construye el hombre, terrible, burlándose del hombre y haciéndolo pequeño.

Aquí la gran pirámide sería el límite donde el toro encorvado viene á afilar su cuerno, y tú preguntarías: ¿y qué es este guijarro? Clava un clavo en el pavi-

mento del circo de Arlés, y aquel clavo arrojará en la hierba que se marchita la misma sombra que aquí la columna Trajana. ¿Qué gigantesco jugador dejó aquí este dado?

Un mundo duerme en un ángulo; otro está apoyado de codos; y la bruma se hincha en su cuello y cuelga como una papera. Mira como crecen estos grandes círculos de bancos superpuestos, semejantes á boas arrolladas una encima de otra hacia la cima, y como decrecen con sus rojos y pesados granitos recamados de líquenes. En el umbral sueña una peña con no se sabe qué actitud de apóstol; y á lo largo de las gradas, otros bloques estupefactos, velados, desesperados, parecen Niobes, Raqueles, Hécubas. Mira esta losa; la menor tiene diez mil pies cúbicos.

La forma es sencilla, es el círculo; pero esta muralla es oscura á fuerza de grandiosidad y de vida. ¿Qué es un muro vertical, enmohecido, borroso, donde el blanco ventisquero se incrusta como un bajo relieve? Albatros, gneiss (1), pórfidos caducos mezclan en sus almenas arcos de acueductos, y allá lejos, bajo unos frontis, el vapor esfumina elefantes llevando pedruscos, con la trompa baja. Aquellas torres, ¿de qué son los pilares angulares? Del vacío, del éter, del soplo, del espanto. Lo imposible está aquí en pie; sólo el águila desafía aquel inconmensurable y feroz arquitrave. Las claves, los capiteles, los fustes, como después de haber temblado la tierra, están confundidos, todo se mezcla, el arte griego y el asirio. Bajo las puertas se encharca la sombra hipocondríaca. Ve: torres donde se diría que canta Beethoven, pilón, imposta, cipo, obelisco, menir, todo aparece en tropel;

(1). Roca primitiva compuesta de cuarzo, feldespato y mica.

basamentos, balaustradas donde el agua nacarada extiende á la luz sus vagos lustres; grietas donde podrían alojarse batallones; en las paredes, huecos parecidos á aquellos surcos que en los tiempos diluvianos dejaba en los umbrales de los antros y en las grandes cañas el paso de vientres; allí curvas, arcos, cúpulas; en ciertos sitios muros cuadrados, planos iguales, ángulos rectos; en todas partes la simetría inconcebible y segura; gradas cuya medida parece haber sido tomada del ángulo de las rodillas de los arcángeles sentados. Pináculos gigantes sostienen oasis. Orden y precipicio. ¿Qué son los pinos bajo las arcadas? ¡Hierba! ¡Y el arco-iris vuela de las cascadas!

Todo es ciclópeo, vasto, estupefaciente; el borde hace retroceder al camello, que desconfia; el edificio, escalonando sus peldaños que el ojo cuenta, á medida que sube se hace más y más blanco, y cubriéndose de púrpura, con todos los reflejos de la hora, pasa desde la piedra calcárea al mármol puro, y como para consagrar su forma solemne tomo su última cornisa de la nieve eterna. ¿Qué altura tiene?, pregunta al cielo profundo, al viento, á la avalancha, á las bandadas de pájaros que vuelan, á las dulces caídas de agua que oye quejarse la sombra en aquel espantable y revoloteador cilindro, á los torrentes agotados por la espuma y los combates que se derrumban torrentera arriba, humareda abajo.

Sólo Piranesio, albañil de apocalipsis, espantado, comprendería aquel nudo de ángulos, de órbitas, de elipses.

Sin embargo, de día el ojo puede medir todavía la forma inexplicable y el espantoso contorno; pero en cuanto borrando el borde, el fondo, el centro, el ano-

checer entra en el edificio como una neblina, los contornos desaparecen. Bajo el firmamento se forma una especie de extraño y tétrico amontonamiento de brechas, de frontones, de cavernas, de pórticos, donde los astros extraviados tiemblan como antorchas, y en no sé qué desmesurado arco de bóveda y estrellas que flotan con lo azulado.

Penetra aún más adelante por la gigante cosa.

Aquel círculo, aquel recipiente, embocadura abierta, imprime al aquilón un movimiento de rueda y hace un torbellino de todo el viento que pasa. El cierzo, mortífero y batiendo el ala, habita allí, y la tromba revolotea en espiral eterna [como] formidable asechancia para coger al huracán. El precipicio se abre como una fauce de volcán, y ¡desdichada de la nube errante que se aventura á ir á mirar por alguna áspera rendija! En cuanto penetra por ella ya no puede salir; es por demás retroceder, temblar, arrepentirse; el torbellino la retiene. Todo ha terminado. La nube lucha y azota la corriente como un hombre que nada. Rueda. ¡Está cogida! Ve, oye como muge. Hace vanos esfuerzos, procura evadirse; diríase que el precipicio implacable se burla de ella; sube y vuelve á bajar; salvaje, á lo largo de la muralla busca una salida, un respiradero, un agujero; estrechada por la ráfaga, extraviada, huyendo, loca, vomita sus granizos, escupe su lluvia, acribilla con ciegos golpes de rayo la terrible escarpadura. Y el viejo monte se conmueve; pues las rocas convulsivas tiemblan cuando aquel lobo, la tempestad, desde lo alto del vasto azul por donde vaga siempre, libre y sin sospechar la inmensidad del engaño, cae en aquella enorme trampa, colgándose á las armellas, á los arrecifes, en aquel tenebroso embudo, tambaleándose bruscamente, y conmoviendo la

pared, las torres, la plataforma, con su espanto y sus bramidos.

¡Espantosa vecindad para los árboles torcidos por el viento, ó arrollados, sin conocimiento, hacia el abismo!

De la brizna de hierba á la roca, desde la encina á la maleza, todo el horizonte se estremece al rededor del círculo negro, el torrente tiene miedo, el pico, mojado por la tormenta, se estremece en la obscuridad, y el pastor despertado, pálido, escucha entre los centenarios abetos como ruge toda la noche aquella fosa de los truenos.

Y el circo que en vez de lobos y de osos encadena en sus sordas cabañuelas á los huracanes, aquel anchuroso anfiteatro de inaccesible muro, aquel edificio loco, temible, imposible, hace soñar al espíritu, y aun más allá de los titanes, tales combates y tales combatientes, que cualquiera lo creería edificado, ¿quién sabe? para la refriega de las hidras que la humilde y turbada tierra desde abajo entrevé en el sideral monte alto; que, en aquel campo cerrado, desierto y sepulcral, parece que bajo aquella espléndida y sublime costa brava las constelaciones podrían torcerse con comodidad; y que en aquella inaudita arena, á veces se tiene miedo de ver descender hasta ella á través del vapor para devorarse unas á otras, las bestias de las estrellas [¿constelaciones?] y de oír cómo luchan allí bajo tenebrosos velos, y cómo rugen, el toro, monstruo alado, el espantoso capricornio confundido con las nubes, el llameante león, sembrado enteramente de ojos fúnebres bostezando luz y masticando tinieblas; el escorpión teniendo la noche entre sus patas y rodando por encima de todos;

el negro sagitario, aquel cazador de carcaj lleno de meteoros cuyas flechas de astros se ven lucir y caer en la noche como auroras que pasan y se van seguidas de un surco de oro!

*

¡Inmensidad! El espíritu se estremece. ¿Qué Vitrubio levantó aquel vértigo y vació aquel cubo? ¿Qué Scopas, qué Sostrates ó qué Etinopo construyó aquel ático con montes rotos? ¿Qué Fidias del cielo hizo á estatura suya la áspera serenidad de aquella arquitectura? ¿Quién forjó las grapas? ¿Quién molió los cementos? Pues ¿quién ligó aquellos torrentes á aquellas escarpaduras, aquellos caballos cuyas colas cuelgan en crines de plata en las cascadas azules? ¿Desde lo alto de qué cénit cayó el hilo á plomo? ¿Quién midió, contó [en toesas], ordenó, cortó? ¿A lo largo de qué muro ideal se trazó la planta? ¿De qué región de la visión pura salió el soñador de este inaudito sueño? ¿Qué sabio cíclope de la edad desvanecida, qué monstruoso ser, más grande que las ideas, tomó un compás de cien mil codos de altura y haciéndolo girar con un dedo seguro y prodigioso trazó aquel gran círculo al nivel del firmamento redondez siniestra con el precipicio por ventana, pozo que cuando el anochecer lo ennegrece podría ser la enorme copa de penumbra á donde va á beber la noche?

En el tiempo en que nada estaba completamente construído, se sentía la mezcla del caos próximo aun. Cuando la montaña era todavía un montón de fango, algún gigante extraño, hijo de Cam ó de Bel, cogió bruscamente [la torre de] Babel y la volvió y la apoyó en aquel monte como se estampa un sello en la cera ardiente que chorrea; de suerte que, legando en el

monte hundido su forma vuelta hacia abajo en el agujero que dejó, la torre se imprimió en la roca como [una] cisterna, con su pendiente donde la sombra alterna después del día, y sus escaleras negras y sus pisos redondos, y sus portadas que se abren en forma de boca de clarín, de suerte que ahora ven los ojos aquel molde horrible y el hueco de que Babel fué el terrible relieve.

El autor, ya te lo he dicho, es el átomo.

¡El autor es aquel hilo obscuro que raya en las alturas con lo azul, es un poco de niebla de la que cae un poco de lluvia, es el grano de cristal al que enjuga un soplo tibio, es, á la luz ó en la obscuridad, por la mañana ó por la noche, la molécula de agua que se desliza del cielo negro, es la lágrima escapada de [entre] las pestañas de la nube, es lo que tiembla en la punta de la hierba que se mueve, lo que no tiene nombre, lo que parece llanto, es lo que la luz, al atravesar las flores, coge y arrolla en su vuelo sin sentir la carga de ello, lo que un pajarito bebe en un sorbo!

Sí, aquel circo y sus torres, edificio sagrado donde está enarbolada la bandera azul del precipicio, aquel teatro donde el viento combate con la tromba enterrada, son lo que ha construído un átomo de lluvia.

¿Qué necesidad tienen, pues, de un Vichnú, de un Alá, de un Budha, de un Ammón cornudo para todo eso? ¿Por qué salir del círculo donde se encierra lo real? ¿A qué destruir el elemento y el germen? ¿Para qué, en consecuencia, quitar á la cosa su misión? ¿Para qué forzar al átomo á la abdicación? ¿Para qué, hombre, destituir al grano de arena? ¿Te es indispen-

sable alguien que diga yo? ¡Pones en lo más alto de todo un pronombre personal! ¿Qué rabiosa necesidad tienes de un hacedor eterno? No puedes dar un paso sin uno ú otro Altísimo. ¿El Océano va á precipitarse fuera de su lecho, va á morderlo y á roerlo todo si tu Zeus no está allí para asirlo por las crines y restablecer el orden? ¿Todo no es más que una gruta para alojar á aquel druida? ¿Crees que lo sólido extinguirá lo fluido, que el mar quedará sin olas y sin ondulación, que el sol, extinguiéndose humeante, huirá, que el germen olvidará el secreto de la vida, que la tierra tomará por el camino que desvía, ó que la luna va á perder uno de sus cuartos, si tú no tienes en un rincón, machacando en tus morteros, forjando, creando, esculpiendo los huesos, moliendo los polvos, un fantasma forjado con estrellas y rayos? ¿Dí, sin ese arreglador, perpetuo viviente, que subraya lo que hay que cambiar al ritual, del cual tú dudas, pensador, hasta cuando le imploras, van á palidecer los lirios sobre los ropajes de las flores? ¿Dí, perderán las violetas la llave de la caja de los perfumes entre la hierba y entre el trigo? ¿Dí, entre la sombra pasada y la llama futura, el hombre, en su aventura sombría, va á ser tragado por el ayer ó destruido por el mañana, si tú, para salvar al triste género humano, no tienes algún Jano de doble frente, que haga cara á las dos hidras? Entonces el minuto va á congelarse dentro de las clepsidras (1), el tiempo, este misterioso obrero que corre, va á detenerse de pronto ante el cabrestante del cielo; la luz, el imán, la savia, la atmósfera, van á desconcertarse y á no saber qué hacer; todo movimiento va á interrumpirse, pasmado, si tu Brahma no va á gritarle: ¡Por aquí! ¿Abril tiene necesidad de una palabra de orden? ¿Un trueno

(1) Reloj de agua de los antiguos.—(N. del T.)

es algún tembloroso y negro funcionario que espera que alguien le determine su empleo? Por lo tanto, ¿es necesario un vigilante siempre presente, sin el cual los astros faltarían á las horas de las auroras? Este mundo es una torre llena de ruidos sonoros; hace falta un relojero detrás del cuadrante arreglando los pesos en la sombra y poniendo orden en el cielo tantas veces al año, echando aceite á los rodajes de los globos, de las estaciones, de los vientos y de las nubes, diciendo: ¡Vesper, Venus, volved! ¡Sal, Júpiter! ¿Dando sucesivamente en el éter á cada esfera la nota que canta ó la nota que implora, remontándose por el vasto y sombrío campaneó? ¿Tomas por muñecos (1) ó por un jacquemarts (2) á Orión, Sirio, Vesta, Saturno y Marte? ¿Y la creación es una fuente con mecánica como la Samaritana? ¿Entonces tienes miedo de ver cómo el mundo anda solo? Es necesario que la selva diga: ¡Padre, un tilo! ¡Una encina! ¡Y ahora dadme musgo para que el ruido del viento se suavice en mis antros!—¡Cómo! ¿Este cambio de atracción extenso y santo, este flujo y reflujo de la creación que indefinidamente arroja fuera al ser y lo reabsorbe, el universo, círculo, llama, orbe, no puede rodar sin que tu terror grite: ¡Nos faltan vigas con que estribarlo! ¿Sin que el hombre, llamando á Teutates en su ayuda, á Irminsul, á Bhagaván, á Cronos, á Theos, deslome á un trabajador divino haciéndole dar vueltas á la máquina?

(1) *Rantín*. Juguete de niño. Es una figurita pintada sobre cartón que se mueve con hilos.—(N. del T.)

(2) Muñeco ó estatua articulada, de hierro ó madera, anexa á algunos relojes, representando un hombre con un martillo en la mano, con el que golpea la campana que da las horas señaladas por el reloj. Viene á significar algo como el Papa-moscas de la catedral de Burgos, por ejemplo. Algunos autores opinan que esta palabra se formó del nombre del obrero Jacques Marc ó Mark, al que se cree inventor de tales figuras.

¡Sueña esto, hombre! Y camina hacia donde te conduce el error. En cuanto á mí que soy la sombra y que camino por [dentro de] la noche, para hacer prodigios, para horadar un pozo oscuro y llenarlo de vértigos, para levantar un mundo, fardo espantable, no aceptaría el cambio de tu Dios contra una gota de agua.

*

¡La voz se calló!

Entonces levanté la cabeza:

—Pero esta gota de agua—grité—¿quién la hizo?

OTRA VOZ

¡Ah! ¡Es el enigma Dios lo que te preocupa! ¡Tú quieres, oh pensador cuyos cabellos eriza la noche, ir al fondo! ¡Tú quieres ver claro en las nubes, vaciar la sombra! ¡Necesitas esta ciencia, pobre alma extenuada!...

Vamos á ver, intenta, prueba; con los papiros, los misales, los koranes, las biblias que llevaban sobre sus pechos las esfinges, vuelve á construir el almacén informe de las doctrinas; de las creencias del hombre aplastado bajo el peso, levanta el temible montón y reconstruye un edificio con aquellas tablas mal unidas á las que se llama verdades, dogmas, teogonías; restaura, demuele, funda. Ensayá. Vuelve á poner el baúl encima de sus viejas chillas; cree como Juan Clímaco y Juan Catecúmeno; ó corta un mueble nuevo en la ciencia humana, para poner bajo llave la penumbra y la eternidad; pregunta al altar de Horó ó de Astarté, ó á los templos paganos poco saludados por los sabios que anidan, negros cuervos, en sus almohadillados, ó al pálido Irminsul en pie sobre el menhir; cava en el pasado, cava en el porvenir; mira fijamente al Tiempo negro que hojea al hombre y la vida con su pulgar de esqueleto; deletrea el universo al que creó lo desconocido, texto en el cual cada mundo es

un punto y aparte; cifra y descifra; prueba, interpreta, proclama; confronta lo que tiene de penumbra el hombre en su alma con lo que el cielo tiene de alma en su noche; vuelve á lanzar á Olimpio eremita al fondo de su reducto; interroga al gusano sobre la tela que hila; muestra y ve; celebra la Pascua, como Teófilo, el día 14 de la luna de marzo; visita á Ammón; téntelas tiesas con los colosos de narices chatas; contradice, afirma, niega, espera; reza tu rosario; siente temblar bajo ti la tierra, como Cesáreo; predica antes de ser cura, como Bellarmino; expresa en tu cerebro todo el saber humano; da á comprender en ti una extraña proeza de todo; ve venir uno delante de otro á Boecio y á san Dionisio, cada uno con su cabeza en la mano; sigue el mismo camino de idéntica manera; frecuenta las profundidades que hacen estar pálido á Pitágoras; comenta á Onufro, Adón, Glareano de Basilea; sé druida, fakir, bonzo, mago; instala, si quieres, sobre el antiguo modelo, por encima de las brumas del error quimérico, una sabiduría con cornisamento dórico; sé el mediador de los ciegos; Volta desmiente á Clairaut; Cirilo, en frente del Gólgota, ve en la obscuridad una cruz de quince estadios de altura; Bosuet zurra los desahogos de Calvino; el obispo Arquelao persigue al errante Manes; Hildebrando dice: SÓLO YO. Lutero dice: HERR OMNES. Lo que Pascal adora, lo difama Diderot; Reuchlin dice: ¡Vuestros tres reyes [son un] cuento de buena mujer! —¿De dónde vienen?, pregunta Arouet á Calmet; de la India ó del Africa? Y Paracelso pone tres pegasos de llama á las órdenes de los tres magos. Salomón esculpe el arca; Huss rompe las imágenes; Pelayo quiere la lucha; Agustín quiere la fe; interviene; crea un centro, una regla, una ley; encuentra un eje común á las doctrinas contrarias; á fuerza de razón, convierte en hermanos á los razonadores; amalgama á Epicuro con Ezequiel; para

éstos el universo no tiene más que el infierno por cielo; es el calabozo del mal de que vosotros sois la presa; para aquéllos es el lugar de las fiestas y de los regocijos; los unos viven cantando, todo es placer y juego. Otros leen el libro al resplandor del fuego. Pon de acuerdo este cénit y este nadir de los sabios; con todo lo que el hombre aprende, haz una lente para tu ojo inclinado sobre los hechos y sobre las edades; busca; di para ti mismo: —Voy á hacer convergir para mi espíritu la claridad para cambiarles en llama, voy á condensar sobre mí á Dios para iluminar mi alma.—Investiga á Alcuino, ó santo Tomás, á Gorgias Leontino, el menologio griego, el ritual latino; ve de Theba Haptapylo á Theba Hecatompulo; deslúmbrate la pupila de enigma y de espanto; escribe y lee; sé gozne de la portada; sé antorcha; sé cardenal con Sadoleto y Bembo; vete al desierto á comer saltamontes, como Juan, que escuchaba las querellas de la sombra; haz una investigación; toma informes de los vientos, de las olas donde están los alciones; recoge cada quimera y cada cisma; deja á Novato por Eustaquio, á Arrio por Melecio; ve de los judíos á los parsis, de los espíritus á los cuerpos, de la ronda de los dioses á la ronda de los muertos, de la danza morfasma á la danza macabra. Vela; enciende tu lámpara en el sombrío candelabro que tienen cerca del trono donde luce Septentrión, Perseo y Sirio, aquellos negros de la noche. Interpela al germen y á la ceniza; redacta un interrogatorio en forma de prodigio; oye chisporrotear el fuego dentro del incensario; escucha el grito sordo del rayo y el ruido que hace el azadón por la noche en el campo santo; habla á Domnus primero, obispo de Antioquía, y sobre lo irremisible y lo venial, consulta á Casiano, Escaligero, Torniel; sé el vidente; semejante á los temblorosos arúspides, ve á mirar por la noche el horror de los precipicios; que todo despeñadero sea para ti un

imán siniestro; espectador de los dos abismos, observa cómo el hombre entra en la muerte y el astro en el eclipse; cómo Justo Lipsio lega á las vírgenes tu pluma; espera en el infinito, su melancólico paseo, á Zenón, el sabio loco, Gerberto, el papa negro; ora, evoca, bendice, consagra, exorcisa, conjura; apoya los codos [meditando] ante el ser obscuro; haz la jaula del enigma, de la esfinge, del precipicio, del mañana, del ayer, del porvenir; mide, con la toesa en la mano, el cielo por kilómetros ó por centiáreas; vístete con un sudario ó cúbrete con una tiara; tienta en el ataúd el espantoso nudo gordiano; tómate por unidad, hazte meridiano; añade tu razón, tu objeto, tu conjetura y tu pensamiento á la naturaleza como un remate; pon sobre este Cheops el piramidió; sé, como Espiridión, un convertidor; sé un advertidor, como el sonoro gallo; monta el terrible caballo de Lenora, teniendo para alumbrarte el fuego de sus narices y la claridad que sobre sus huesos [propios] tendrán los espectros; superpón y edifica como una torre sólida Wiclef, Leibnitz, el diácono Ambrosio, Basílides, todos los doctores verdaderos, falsos, grandes, pequeños, desconocidos, conocidos, desde Sofrón hasta Theotecno, los adivinos, los sabios, París, Roma, Epidauro, los serenos poetas, aquellos hermanos de la aurora hechos de la misma púrpura y dorados con el mismo oro; la congregación de los padres de San Mauro, la gracia, el pecado, la oración impetrante, las veinticinco sesiones del concilio de Trento, las hojas sibilinas caídas no se sabe de dónde; el libro turco, el libro hebreo, el libro indo; pasa los días, las noches; ponte blanco en los sueños; sé Jerónimo ó sé Juan vagando á lo largo de las playas; sé Dante para pensar y sé Newton para ver; sé Orígenes, Euler, Platón... Al combinar el Egipto, y Delfos y la Idumea, ¿quieres saber lo que construirás sobre Dios? —Humo.

*

¡Yo no me cansaba! Y continué:

—¡Cómo! El hombre caería, extraviado, extenuado, como el mosquito que azota los pálidos cristales! ¡Qué! Todo terminaría en la nada suprema. Todo el esfuerzo de los buscadores anhelantes se perdería. El hombre habitaría la penumbra y estaría en el secreto. Andar sería errar. El ala sería castigada. La aurora, ¡oh cielos profundos!, sería una ironía.

Entonces, en pie, levantando la voz, levantando los brazos, grité desatinado:

—¡Eso no puede ser! ¡Gran Desconocido, malo ó bueno! ¡Gran invisible! Yo te digo á la cara, Ser: ¡Es imposible!

*

Por tercera vez en el espantoso cielo negro se echaron á reír.

Y taciturno, sin poder adivinar de dónde procedía aquella alegría terrible, miré, [como] luchador palpitante, la horrible sombra.